

da; de que, por la primera vez en su vida, Mr. Fouché era provocado y no provocador de sordas maquinaciones, y de que no se trataba de asesinar á Napoleón, lo que éste había creído al pronto, sino de destronarle sin recurrir á la cruel y arriesgada prueba de la guerra. Mr. Wérner afirmó á Mr. Fleury que de ningún modo se pensaba atentar contra la vida de Napoleón, rechazó con indignación toda suposición de este género, pero declaró que no querían su poder; que á ningún precio consentiría la Europa que estuviese en el trono de Francia; que con excepción del suyo aceptaría todos los gobiernos que la nación francesa escogiese, excepto el de la república; que tenía gran confianza en las luces y en la influencia del duque de Otranto; que conocía su odio á Napoleón, y que estaba pronto á ponerse de acuerdo con él para resolver la dificultad aborrandando al mundo una nueva y horrible efusión de sangre.

Mr. Fleury de Chaboulón, desempeñando admirablemente el papel de enviado de Mr. Fouché, respondió que este ministro tenía con efecto motivos para quejarse de Napoleón, motivos que habían despertado en su alma algún resentimiento, pero que había inmolado su rencor en aras del interés del país; que en 1814 hubiera deseado otros arreglos que los que habían prevaecido, que en este caso no hubiera deseado la vuelta de Napoleón, pero que entonces estaba convencido de que Napoleón era necesario, que era el único que podía asentar á la Francia sobre sus bases, reunir los partidos y constituir un gobierno duradero; que Napoleón había vuelto con ideas rectas en todo; que estaba decidido á mantener la paz y á otorgar á la Francia instituciones cuerdamente liberales; que, por otra parte, en vano tratarían de echarle por tierra; que el ejército, los hombres comprometidos con la revolución, los poseedores de bienes nacionales, la juventud imbuída en las nuevas ideas, casi todas las clases de la nación, excepto la de los emigrados, veían en él al representante de sus opiniones ó de sus intereses, y sobre todo al representante de la independencia nacional; que millares de voluntarios se apresuraban á secundar al ejército; que á cuatrocientos mil soldados de línea iba á reunir cuatrocientos mil guardias nacionales escogidos, y que la lucha con él sería terrible; que la campaña de 1814, en la que, gracias á su genio, la coalición había corrido tantos peligros, no sería nada al lado de la que pasaría en 1815, porque en vez de fuerzas aniquiladas ó dispersas desde Dantzick á Valencia, tendría que habérselas en Champaña con todas las fuerzas reunidas de la Francia; que era mejor entenderse que matarse por la familia de los Borbones, á los que la Francia no quería desde el momento en que trataban de imponérselos por fuerza; que el duque de Otranto se consideraría muy dichoso al poder ser intermediario de semejante conciliación, y que suplicaba á Mr. de Metternich que le manifestase sus ideas sobre este asunto, para procurar adaptar las suyas á las del ministro austriaco si, como no dudaba, estaban conformes con la gran prudencia y sabiduría de este eminente hombre de Estado.

El enviado de Mr. de Metternich, que se creía con la mejor buena fe en presencia del enviado del duque de Otranto, se mostró sorprendido al oír un lenguaje contrario al que esperaba oír y repetía con una inocente obstinación que se hallaba asombrado de aquellas pa-

labras que escuchaba; que el duque de Otranto pasaba por ser enemigo de Napoleón, por no hacerse ilusiones respecto de sus actos, por ser un hombre prudente y acomodarse fácilmente á los arreglos razonables; y que, en atención á unas disposiciones tan poco previstas, él, Mr. Wérner, nada podía decir, porque había llegado á Basilea más bien para escuchar proposiciones que para hacerlas por su parte.

Los dos interlocutores, después de haberse explicado más aún, convinieron en volver al lado de sus principales para comunicarles lo que habían hablado y volver á verse en breve con instrucciones más adaptadas al verdadero estado de las cosas. Mr. Fleury de Chaboulón, á quien Napoleón había enseñado su lección, insistió en que Mr. Wérner volviese mejor informado acerca de las disposiciones de las potencias respecto de varios asuntos sumamente importantes, tales como la transmisión de la corona al rey de Roma en el caso de que Napoleón abdicara, y la elección del príncipe Eugenio para regente si María Luisa no quería volver á Francia á defender los derechos de su hijo. Después de estas explicaciones, los dos enviados se separaron, prometiéndose volver á verse en Basilea pocos días después.

Durante este tiempo Napoleón tuvo una nueva conversación de las más graves con Mr. Fouché. Ya fuese porque al ver el obstinado silencio del ministro de la Policía experimentase una secreta irritación que empezaba á manifestarse, ó ya porque un aviso emanado, según dicen, de Mr. Real hubiese puesto en guardia á Mr. Fouché, este último, con una indiferencia fingida, confesó á Napoleón que había recibido una carta de Mr. de Metternich y puesta en sus manos por un hombre cualquiera, obscuro, sin carácter, carta de la que no había hecho ningún caso, y de la que, por este motivo, no había creído deber hablar. Napoleón dejó, para recibir á Mr. Fouché, á Mr. Lavallette, quien permaneció en una habitación próxima desde la que se podía oír cuanto hablasen en la que ocupaba el emperador. No pudo contenerse ante la doblez del ministro de la Policía, le declaró que sabía todo lo que pasaba, que una comunicación como la que había recibido del principal personaje de la coalición con el ofrecimiento de enviar un agente á Basilea era lo más importante que podía imaginarse en aquellas circunstancias, y no podía dar lugar en modo alguno á una distracción. Después, con un tono amargo y atronador: «Sois un traidor, dijo á Mr. Fouché, procurando que le oyeran en la habitación inmediata, y podía haceros expiar vuestra traición con gran contento de la Francia... Si mi gobierno no os conviene, ¿por qué no lo declaráis?, ¿por qué os obstináis en ser ministro mío?...» Mr. Fouché, como un servidor acostumbrado á los arrebatos de su amo y habiendo renunciado desde hacía mucho tiempo á hacerse respetar, balbuceó algunas explicaciones, después se retiró, encontró al paso á Mr. Lavallette, y, con la sonrisa de la indiferencia en los labios, se limitó á decirle: «El emperador es el mismo siempre, lleno de desconfianza, viendo traiciones en todas partes, y echando la culpa á todo el mundo de que la Europa no le quiera.» Mr. Fouché no dijo más, como si á tales ultrajes merecidos ó no, fuese permitido no oponer más que la indiferencia.

Napoleón, desde hacía dos meses, había logrado vencerse muchas veces; no pudo contenerse entonces, y

cometió gran imprudencia, porque no se deben decir cosas como las que dijo ó de lo contrario destruir al que las ha escuchado. Cuando se hallaba en el apogeo de su grandeza podía desahogar su descontento de aquel modo, porque con ello no hacía más que crearse un enemigo impotente; pero entonces hacía del que había llamado traidor un traidor verdadero, y lo que es más, uno de los más peligrosos. Por otra parte, fué injusto con Mr. Fouché, porque aunque este ministro se hubiese hecho sospechoso ocultando cosas tan serias como la comunicación de que se trataba, era evidente, después de todas las noticias adquiridas en Basilea, que si podía temerse alguna traición, todavía no había sido consumada. Más le hubiera valido advertir secamente al ministro, haciendo ver que estaba al corriente de todo, que se le vigilaba, que no romper con él, puesto que la situación gravísima, delicadísima en que se hallaba no le permitía llevar su enojo hasta un severo castigo. Con efecto, Mr. Fouché había sabido pasar á los ojos del público como un consejero independiente, capaz de dar juiciosos pareceres á su soberano y hasta de oponerle resistencia.

Castigándole, hubiera hecho creer Napoleón á muchas gentes que no quería soportar los consejos de nadie, y todos le hubieran creído abandonado de la fortuna toda vez que lo estaba de Mr. Fouché. No pudiendo castigarle, hubiera obrado mejor conteniéndose. Por lo demás, después de su arrebato, se limitó á emplear para con su ministro una indulgencia despreciativa que no era la más á propósito para atraerse á Mr. Fouché. Viendo que nada había entablado todavía, resolvió esperar teniendo siempre fijos sus penetrantes ojos en el ministro de la Policía. Contó lo que había sucedido á Mr. Fleury de Chaboulón, le autorizó para que viera á Mr. Fouché y se entendiese con él á fin de proseguir la extraña negociación de Basilea y saber lo que diría el agente de Mr. de Metternich en respuesta á las proposiciones que se le habían hecho. Mr. Fleury de Chaboulón visitó al duque de Otranto, quien le habló del emperador como un niño que no sabía ni contenerse ni conducirse, y á quien era preciso servir no por él, sino por la causa común. Después de haberse vengado de los desprecios de Napoleón con sus palabras, convino con Mr. de Chaboulón en la manera de proporcionarse una segunda entrevista sacando de ella todo el partido posible.

Mr. Fleury de Chaboulón volvió efectivamente á Basilea, y allí encontró á Mr. Wérner exacto á la cita. Aquella vez, desempeñando un papel menos pasivo, Mr. Wérner, que siempre creía hablar con el representante de Mr. Fouché, habló más claramente acerca de las potencias reunidas en Viena. Desde luego, lo mismo que la primera vez y más aún si era posible, convino en la exclusión absoluta de Napoleón como completamente incompatible con el reposo general. Después declaró que, una vez excluido Napoleón, no desearían nada mejor los soberanos que resolver amistosamente las dificultades que existían, porque no querían mal á la Francia ni se proponían imponerla un gobierno. Lo que las potencias preferían, lo que proporcionarían á la Francia las mejores relaciones con ellas, era el restablecimiento de los Borbones. Si la Francia le aceptaba, se harían con ella arreglos que tranquilizaran las opiniones y los inte-

reses nacidos de la revolución francesa. La Carta sufriría las modificaciones necesarias. La mayor parte de empleos serían reservados á las nuevas familias; los emigrados, vueltos á Francia después del 1.º de abril de 1814, serían alejados de los negocios; se formaría un ministerio homogéneo é independiente, y constituido de tal manera que no pudiesen alterar en lo más mínimo su voluntad las influencias de la corte. Mr. Wérner añadió que si los franceses rechazaban la rama primogénita de los Borbones, las potencias coligadas no se negarían á aceptar la rama segunda, y, por último, que si era necesario consentirían el advenimiento del hijo de Napoleón al trono imperial con tal de escoger al personaje que, á falta de María Luisa, pudiera ser más convenientemente encargado de la regencia. Pero la condición absoluta, irrevocable, era siempre que Napoleón cesase de reinar, y se confiase en las manos de su padre político, quien le trataría con las atenciones prescritas por el honor y el parentesco.

Mr. Fleury de Chaboulón procuró en vano repetir lo que ya le había dicho recordándole particularmente la inmensidad de fuerzas de que Napoleón iba á disponer; Mr. Wérner le escuchó con sonrisa, pero nunca le dió más respuesta que la que ya hemos consignado; esto es, que con tal de conseguir la exclusión de Napoleón, estaban dispuestos á transigir en todas las demás cosas, hasta en lo relativo á la transmisión de la corona á su hijo, con tal de elegir un regente que conciliase los intereses de la Francia con los de la paz. Después de mil repeticiones superfluas, se separaron los dos agentes prometiéndose volver á verse si sus principales lo juzgaban útil y conveniente.

Mr. Fleury de Chaboulón, al volver á París, refirió todo lo que había hablado con Mr. Wérner á Napoleón y al duque de Otranto, y recibió la orden de suspender unas comunicaciones que ya no podían tener objeto alguno. Napoleón dedujo de las palabras de su enviado que no estaban tan fuertes en Viena como al principio, puesto que le ofrecían dejar reinar á su hijo; concibió hasta una especie de esperanza de hallar las voluntades menos firmes, menos obstinadas de lo que se había figurado, y de vencerlas con una ó dos batallas; esperanza que no había abrigado al principio.

Mr. Fouché dedujo por su parte que Napoleón era el único obstáculo que se oponía á la paz; que él, duque de Otranto, había tenido razón al inclinarse en favor de la regencia de María Luisa; que este arreglo pondría fin inmediatamente á los peligros con que la Francia y la Europa se veían amenazados, y que si Napoleón comprendía bien sus intereses y los de su dinastía, aceptaría este arreglo y abdicaría en favor de su hijo, quedando al frente del ejército hasta que se pusiesen de acuerdo con las demás potencias; que después debería escoger un retiro honroso y tranquilo en cualquier rincón del mundo, único recurso que le quedaba después de haber atormentado tanto á los hombres. Mr. Fouché comenzó á repetir estas ideas con imprudente ligereza, que no podía explicarse más que porque veía debilitado á Napoleón; pero este gran hombre, al saber lo que decía, aplazó su venganza, convencido de que era preciso dejar hablar é intrigar á Mr. Fouché, porque esto era una necesidad de su naturaleza, aguardando á cogerle en flagrante delito para castigarle; porque ni sus intrigas ni

sus palabras podrían conseguir nada; porque sólo la victoria resolvería la cuestión; porque si vencía, le sostenría á su voluntad ó le destruiría, y si, por el contrario, era vencido, un enemigo más, aunque este enemigo fuese Mr. Fouché, no haría su pérdida más cierta toda vez que era inevitable en caso de que fuera derrotado. Esta opinión, verdadera sin duda, era sin embargo exagerada, porque aun después de una derrota la fidelidad de los que Napoleón dejase tras de sí podría disminuir las consecuencias y reparar de cierto modo el mal.

Mr. de Metternich no había hecho, como se ve, una tentativa completamente infructuosa, puesto que había sembrado la desunión en el seno del gobierno francés; había proporcionado á Mr. Fouché la ocasión de convencerse de que Napoleón le detestaba y le despreciaba siempre, de que sin Napoleón todo podría arreglarse, y arreglarse todo por él, duque de Otranto, porque en Viena parecían dispuestos á aceptarle como instrumento de una nueva revolución. Ofrecer al duque de Otranto en 1815 el papel que Mr. de Talleyrand había desempeñado en 1814 era lisonjear la más viva y la más peligrosa de sus pasiones é inspirarle un ardiente deseo de satisfacerla. El ministro de Austria no había perdido el tiempo, pero ignoraba la importancia del mal que había hecho á nuestra causa, y del bien que había proporcionado á la suya. De cualquier modo, se experimentaba en Viena la necesidad de añadir algunas explicaciones á la declaración del 13 de marzo y de hablar á la Europa y la Francia por medio de una nueva declaración. Hasta entonces no habían podido ponerse de acuerdo en la redacción de un proyecto de declaración que satisficiera todas las conveniencias, porque á unos parecía injusto é inoportuno callar el nombre de los Borbones, y otros juzgaban imprudente la intención de imponerlos á la Francia. En este aprieto, escogieron un medio bastante cómodo que las mismas circunstancias ofrecían. El tratado del 25 de marzo volvió á Viena ratificado por todas las cortes. Sólo la Inglaterra había añadido al artículo 8.º una reserva cuyo objeto era decir que, aunque deseaban el restablecimiento de los Borbones, las potencias se proponían esencial y únicamente velar por la seguridad común de la Europa amenazada en el mero hecho de ocupar Napoleón el trono de la Francia. Era preciso responder á esta reserva y decir hasta qué punto la aceptaban, y esto daba lugar á un despacho particular de gabinete á gabinete, que permitía explicaciones menos solemnes que una declaración europea. En consecuencia lord Clancarty, en un despacho dirigido á lord Castlereagh, se encargó de declarar al gabinete británico que el congreso aceptaba plenamente la reserva del artículo 8.º porque comprendía este artículo del mismo modo que la Inglaterra; que la declaración del 13 de marzo, la negativa de toda comunicación con la Francia, la detención de sus correos de gabinete, significaban pura y simplemente que se consideraba la presencia de Napoleón al frente de un país tan grande como la Francia como incompatible con la paz europea; que numerosas pruebas no dejaban la menor duda respecto de lo que deberían esperar de él, si consentían su establecimiento definitivo; que aprovecharía la primera ocasión para volver á tomar las armas, y para dejar caer otra vez sobre la Europa un yugo que se hallaba resuelta á no soportar más; que estaban, pues,

en guerra con él y sus partidarios, no por gusto, sino por necesidad; que, por lo demás, las potencias no pretendían en modo alguno negar el derecho que la Francia tenía para elegir su gobierno, ni impedir el ejercicio de este derecho; que á pesar del general interés que Luis XVIII despertaba en todos los soberanos, no tratarían éstos por ningún concepto de violentar á los franceses en favor de una dinastía, cualquiera que fuese; que se limitarían á exigir de la dinastía preferida garantías para la tranquilidad permanente de la Europa, y que, estando seguros respecto de este particular, se abstendrían de entrometerse en los asuntos interiores de una nación grande y libre como la Francia.

Lord Clancarty terminaba su despacho diciendo que para estar certísimo de expresar con exactitud el pensamiento de los diversos gabinetes, había comunicado sus despachos á los respectivos principales ministros, que éstos lo habían aprobado unánimemente y que había sido autorizado para declararlo así.

Mientras que en Viena obraban de este modo para poner de acuerdo á los que querían pronunciarse formalmente en favor de los Borbones y los que deseaban limitarse á formular la exclusión de Napoleón, el gabinete británico, obligado por la oposición á explicarse, concluyó por declararse en favor de la política de la guerra y consiguió adherirse el voto del parlamento. He aquí en efecto lo que había sucedido en Londres.

El tratado del 25 de marzo, renovando la alianza de Chaumont, fué publicado á fines de abril en diversos periódicos y su texto llenó de sorpresa á los miembros del parlamento, á los que se había dicho que se armaba la nación por pura precaución y sin que estuviera el gobierno decidido á declarar la guerra á la Francia. ¿El ministerio conocía ó no el tratado del 25 de marzo cuando se había discutido el mensaje real en la sesión del 7 de abril? Si le conocía, había engañado al parlamento y faltado á la probidad política, que un país libre puede permitirse callar, pero que no autoriza á mentir.

Mr. Whitbread, uno de los jefes más hábiles y más activos de la oposición, interpeló vivamente á lord Castlereagh y le preguntó en medio del parlamento, silencioso y confuso por el papel que le habían hecho representar, si el tratado del 25 de marzo publicado en varios periódicos era ó no auténtico. Lord Castlereagh, cogido de improviso, balbuceó algunas palabras en respuesta, y confesó el fondo del tratado sin confesar los términos en que estaba concebido, «¿Qué diferencia existe, exclamó la oposición, entre el tratado verdadero y el que se ha publicado?» No pudiendo indicarla lord Castlereagh, puesto que no la había, respondió que no hallándose todavía el tratado universalmente ratificado, le era imposible dar ninguna explicación. Al oír estas evasivas, la oposición comprendió claramente que el tratado era auténtico, que el gobierno se había comprometido con los aliados de la Inglaterra á empezar de nuevo é inmediatamente la guerra, y que el gabinete la había engañado hablándola simplemente de precauciones que tomaba, porque era imposible creer que el tratado firmado en Viena el 25 de marzo no fuese conocido en Londres el 7 de abril, es decir, trece días después de su firma. Por otra parte, no atreviéndose lord Castlereagh á llevar su inexactitud hasta una impostura material, confesó que el 7 de abril conocía ya el tratado.

«Entonces nos habéis engañado indignamente,» replicaron arrebatados todos los miembros de la oposición, y el ministro británico se vió en un apurado compromiso; no sin motivo, porque aunque las costumbres públicas tuviesen mucho que progresar, aún jamás se había engañado al parlamento de un modo tan audaz. Mr. Whitbread dijo entonces que, toda vez que no había llegado el momento oportuno para una explicación completa, debía el parlamento suspender sus sesiones hasta el día en que el gobierno pudiese revelar la verdad, porque de lo contrario no haría más que engañarse en sus juicios y votar á ciegas hasta no conocer la verdad de la situación. Lord Castlereagh, llevado al último extremo, designó el lunes 28 de abril para comunicar el tratado y justificar su contenido.

El 28 de abril tuvo lugar la comunicación anunciada y se suscitó con este motivo en el seno del parlamento una discusión vehemente, acalorada. Mr. Whitbread, después de repetir que se había engañado al parlamento hablándole de simples precauciones cuando se trataba de la guerra, que esta guerra era peligrosa y de ningún modo necesaria á los intereses de la Gran Bretaña, pidió que fuese presentado un respetuoso mensaje á la corona para suplicarla que buscase los medios de mantener la paz. Lord Castlereagh tomó en seguida la palabra y comenzó su discurso atacando á algunas personas, diciendo que si se hubiera escuchado anteriormente á mister Whitbread y á sus amigos, se hubiera desistido de luchar con Napoleón en vísperas del triunfo y que la Inglaterra no habría alcanzado la magnífica posición que había conquistado siguiendo los consejos opuestos á los que estos hombres políticos daban á la corona. Después procuró, por medio de subterfugios, responder á la acusación de duplicidad para con el parlamento. ¿Qué se había anunciado el 7 de abril? Que iban á disponerse para hacer frente á los acontecimientos, es decir, á hacer los preparativos; pero no se había contraído ningún compromiso formal ni en favor de la paz ni en favor de la guerra. Sólo se habían comprometido á velar del mejor modo posible por los intereses británicos, y estos intereses consistían esencialmente en una estrecha unión con las potencias continentales. Ahora bien; hallándose estas potencias por su situación geográfica más en peligro que la Inglaterra, debía dejarse á su cuidado decidir la cuestión. Lejos de impulsarlas á combatir, las habían por el contrario anunciado el peligro de la guerra; pero pensando unánimemente que no podían quedar desarmadas con seguridad ante un hombre como Napoleón, ni permanecer armadas siempre sin exponerse á tener que soportar cargas atroces, habían decididamente adoptado el partido de la acción inmediata. En este caso, ¿podía la Inglaterra separarse de ellas y romper un acuerdo al que se debía la seguridad de Europa, y por medio del cual se había alcanzado su independencia? Nadie se atrevería á sostenerlo, nadie se atrevería á culpar por esto á las potencias. ¿Era posible, con efecto, que viviesen en un estado de perpetua alarma y que por consiguiente permaneciesen eternamente armados? ¿No era evidente que, en el momento en que se permitiese establecerse á Napoleón, en que se le dejase reunir trescientos ó cuatrocientos mil hombres, aprovecharía la primera ocasión de anonadar á sus vecinos? Es verdad que se decía que había cambiado de carácter, que

abrigaba ideas pacíficas: cambiado sí, pero de palabra, y para adormecer la vigilancia de la Europa: los que creyeran en este cambio estaban locos ó no le conocían. En el primer instante favorable, cuando notase alguna debilidad en las fuerzas de las potencias ó un principio de desunión entre ellas, caería sobre Europa y la encadenaría de nuevo. De esta verdad todas las personas sensatas estaban convencidas. Era preciso, pues, aprovechar la situación en que se hallaban los aliados, porque había casos en los que atacar no era más que defenderse. Es cierto que se objetaba que detrás del hombre á quien querían combatir se hallaba una gran nación, la nación francesa; pero si esta gran nación, por debilidad ó por ambición, sostenía al hombre, era preciso que llevase en el pecado la penitencia. La Europa no podía quedar expuesta á una ruina inevitable, porque quisiera una nación tener un jefe como Napoleón, ó porque un ejército corrompido, ávido de riquezas y de honores, quisiera tener á su cabeza un conquistador bárbaro que pretendía renovar las locas empresas de los conquistadores asiáticos. Las potencias aliadas no querían imponer á la Francia un gobierno: querían tan sólo reducirla á la imposibilidad de perjudicar á los demás, y de tener en continua alarma el reposo y la existencia del mundo.

Tales fueron en substancia las explicaciones que dió lord Castlereagh. Por más que no hubiese anunciado la guerra como cierta y como irrevocablemente acordada en principio, insistió sin embargo de tal modo en los motivos que había para llevarla á cabo, que sus palabras equivalían á la misma declaración de guerra. Muchos oradores respondieron á lord Castlereagh, pero uno de ellos mereció ser distinguido entre los demás, Mr. Ponsonby, miembro muy moderado del parlamento, el que en el día 7 de abril decidió á la mayoría á que votase en sentido favorable al mensaje real, porque en su concepto quedaba la Inglaterra en libertad de adoptar la paz ó la guerra, cuando fuese preciso decidirse por la una ó por la otra. Mr. Ponsonby podía, pues, con más motivo que ningún otro quejarse por haber sido engañado. «Era evidente, dijo, que el día 7 de abril quiso el gabinete hacer creer al parlamento que se hallaba todavía en libertad de elegir la paz ó la guerra, mientras que ya estaba ligado por compromisos formales á contribuir á la guerra resuelta ya, puesto que por entonces el tratado de 25 de marzo había sido firmado en Viena y transmitido á Londres (Mr. Ponsonby hubiera podido afirmarlo más positivamente, si hubiera conocido los despachos de lord Castlereagh). El parlamento había, pues, creído votar tan sólo simples precauciones cuando votaba en realidad la guerra. Los ministros le habían engañado por consiguiente; y esta manera de obrar, añadió Mr. Ponsonby con una indignación muy significativa por parte de un hombre moderado, si no era lícita en la vida privada, ¿qué pensar de ella cuando se había empleado en la vida pública, y cuando los intereses á que se faltaba no eran los de un particular, sino los de todo un país?» En cuanto á los motivos de la guerra, Mr. Ponsonby los declaró completamente insuficientes, sobre todo al compararlos con la gravedad de la guerra. No cabe duda, dijo, en que la Inglaterra no debía separarse de las potencias continentales, pero tenía aparentemente el derecho de aconsejarlas, y había motivos para no creer que

el gobierno británico las hubiese mostrado, como se anunciaba, todos los peligros de la nueva lucha. Estos peligros eran graves, puesto que se iba a desafiar a un tiempo a un gran hombre y a una gran nación. Este hombre Mr. Ponsonby no le había nunca estimado desde el punto de vista de sus cualidades morales, pero no podía negarse ni su talento prodigioso, ni la energía de la nación que gobernaba. Insultar a esta nación, acusarla de tener todos los vicios para apropiarse todas las virtudes, no era discutir seriamente la cuestión. No por eso sería menos cierto que se encontraban en presencia de un hombre extraordinario, al que se proporcionaría el apoyo de la nación más temible en el mero hecho de amenazar la independencia de esta nación de un modo tan poco disimulado. ¡Decían que no querían imponerla un gobierno, sino solamente destruir el que tenían, en interés general! Si, por ejemplo, añadía Mr. Ponsonby, aparte de este gobierno cuya destrucción se deseaba, hubiera dos ó tres entre los cuales se pudiera escoger uno, podría comprenderse que no quisieran imponerle ninguno determinado; pero toda persona ilustrada convenía en que no había para la Francia más gobiernos posibles que el de los Bonapartes ó el de los Borbones; y en este caso, excluir á los primeros ¿no sería imponer á los segundos? Ahora bien, estos últimos habían probado sus fuerzas, á pesar de sus cualidades morales habían lastimado á la nación con sus torpezas, y al quererlos restablecer de nuevo se quería volver á lastimarla. Renovar la guerra por los Borbones era continuarla más allá de los límites de la razón política de Mr. Pitt, cuando después de haber sido milagrosamente restaurados sobre el trono no habían podido sostenerse en él. Pensando de este modo, la augusta dinastía que ocupaba el trono de la Inglaterra no reinaría, porque la Inglaterra hubiera debido procurar hasta su extinción el restablecimiento de los Stuarts. En buen hora si se decía que las ventajas que se vanagloriaban de haber obtenido para la Gran Bretaña con la última guerra se hallaban comprometidas; pero Bonaparte ofrecía la paz, la ofrecía con instancia y basada en las condiciones de los tratados de París y de Viena. ¿Deberían verse todavía torrentes de sangre, duplicar la deuda y prolongar indefinidamente el *income tax* por unas ventajas que nadie ponía en discusión? Todos aseguraban que no podía contarse con la palabra de Napoleón, porque era ambicioso sin fe; pero francamente, después del congreso de Viena, ¿era permitido acusar á nadie de ambición? Respecto del carácter manifestado anteriormente por Napoleón, no había duda de que este carácter emprendedor había debido inspirar serias inquietudes, siendo verdad además que los hombres apenas varían; pero lo que también era verdad es que con la edad el carácter se modifica, y los que nunca han podido vivir en reposo acaban por acostumbrarse á él y por desearlo: en un hombre de genio, el interés bien entendido era bastante algunas veces para modificar su conducta. Napoleón, que odiaba á la Inglaterra, ¿no acababa de probar, con la abolición de la trata de negros, que tenía un ardiente deseo de complacerla? Al devolver la libertad al duque de Angulema, después de haberse puesto precio á su cabeza, ¿no había obrado de un modo diferente que en 1804 con el duque de Enghien? Este hombre incorregible no era, pues, tan inmutable como se decía, y si para prevenir un supuesto

peligro le ponían en un extremo, le obligaban á combatir, forzaban á la nación francesa á unirse con él, ¿no podría conseguir una ó dos victorias ruidosas? y en este caso, ¿qué sería de las ventajas conseguidas con la última guerra y que tanto interés se demostraba en conservar? ¿Qué sería de las potencias del continente, por cuya seguridad sacrificaban toda razón y toda prudencia? ¿No habrían hecho en este caso un malísimo cálculo, y por no haber creído en un cambio, si no de carácter, al menos de conducta, cambio que el interés presentaba como verosímil, no habrían arriesgado el precio no contestado de una larga guerra y la seguridad de las potencias, porque ciertamente Napoleón vencedor otra vez no otorgaría la paz? De todos modos, por su exceso de precaución, carecerían de precaución verdadera y crearían el peligro que se proponían evitar.

Tales fueron las razones alegadas por una y otra parte en el parlamento británico, y todas, como se ve, se reducían á esta razón única: ¿Podía creerse en Napoleón y en sus seguridades de paz? La duda de la Francia existía en todo el mundo, y se disponían á declarar la guerra á Napoleón, no por lo que quería entonces, sino por lo que había querido y realizado anteriormente. Ofrecía la paz, la pedía por todos los medios públicos y privados, la suplicaba humildemente, y á todas sus instancias respondía la duda universal. Con efecto, esta duda fué la sola respuesta que se dió á los argumentos de la oposición inglesa, y el parlamento, sin dejar de apreciarlos, rechazó por 273 votos contra 72 el mensaje pacífico de Mr. Whitbread.

A partir de este instante, se nos declaró la guerra en Londres por cuenta de Europa entera, y desgraciadamente, mientras que se hallaba resuelta en principio en Londres, fué comenzada de hecho en Italia. Nuestros lectores recordarán que el infortunado Murat fué puesto en contacto con la isla de Elba por la princesa Paulina, que pasó alternativamente desde Porto-Ferrajo á Nápoles y desde Nápoles á Porto-Ferrajo. Con su celo y la ayuda de la reina de Nápoles, consiguió una secreta reconciliación de familia entre Napoleón y Murat y preparó su acción común para el caso en que sobrevinieran nuevos sucesos fáciles de prever, aunque difíciles de precisar anticipadamente. Al salir de Porto-Ferrajo, Napoleón envió un mensaje á Murat para anunciarle su partida de la isla de Elba, para encargarle que escribiese á Viena dando á conocer su resolución de respetar el tratado de París, para aconsejarle que no tomase la iniciativa en las hostilidades, que esperase á que la Francia otra vez bajo el cetro de los Bonaparte pudiese tenderle una mano; que se replegase si le atacaban á fin de tener de su parte la ventaja de las distancias y de la concentración de las fuerzas, y trabar la batalla sobre el Garigliano más bien que sobre el Po. Estos consejos eran dignos del hombre que los daba, pero muy superiores á la inteligencia del que los recibía.

La imaginación de Murat se incendió al saber el dichoso desembarco de Napoleón y su entrada en Grenoble. No había dudado del triunfo de su hermano político, y en su exaltación, cuidándose apenas de los austriacos, se preocupó más que nada con el peligro de ver á la Italia pasar con la misma prontitud que la Francia bajo el cetro imperial perdiendo nuevamente

su corona de hierro, porque este desgraciado príncipe no se limitaba á desear la conservación del nuevo reino de Nápoles, sino que deseaba duplicar ó triplicar su extensión. No hizo, pues, nada de lo que tan sabiamente le habían recomendado, y al tener la primera noticia de la partida de Napoleón, en vez de comunicar á Viena el mensaje cuya intención era calmar al Austria en su beneficio tanto como en el de la Francia, comenzó á recurrir á sus acostumbradas ocultaciones. Mandó llamar á los ministros de Austria y de Inglaterra para declararles que era completamente ajeno á la tentativa de su hermano político, con lo que cometía una falsedad inútil, porque nadie podía creerlo y más le hubiera valido confesar la verdad para tener ocasión de anunciar al Austria y á la Inglaterra que sus intereses no sufrirían en lo más mínimo. Después, cuando el éxito de Napoleón parecía asegurado, procuró no permanecer fuera del alcance de los austriacos quedándose en el Mediodía de la Península, sino apoderarse sin perder un instante de toda la Italia, proclamándose rey de toda ella antes de que el imperio fuese restablecido en uno y otro lado de los Alpes. Tomó, pues, el partido de ponerse inmediatamente en marcha con diversos pretextos que pudiesen no ofuscar demasiado al Austria y la Inglaterra, á las que deseaba engañar todo el tiempo posible. Antes de entonces había ocupado las Marcas, á causa de que el papa no había querido reconocerle, y partiendo de este precedente decidió avanzar con fuerzas considerables hasta las márgenes del Po, diciendo al Austria y á la Inglaterra que, en las circunstancias en que se encontraba, creía deber adherirse á la línea del armisticio de 1814, época en la que se estipuló que los austriacos quedarían á la izquierda del Po y los napolitanos á la derecha. Semejante proposición sólo era sostenible si Murat volvía á ocupar la misma posición que tenía en 1814, es decir, la de aliado de la coalición contra la Francia. No dijo nada que fuese contrario á esta suposición, y hasta dió á los ingleses las seguridades más tranquilizadoras. Antes de partir para ponerse al frente de las tropas, confió la regencia del reino á su esposa, la que hizo los mayores esfuerzos para distraerle de su loca empresa; pero no escuchó sus consejos, la concedió los poderes más amplios y la dejó diez mil hombres del ejército activo para custodiar á Nápoles, precaución necesaria en el estado en que se hallaban los ánimos, pero que hubiera debido servirle de una razón poderosa para no avanzar, y concentrarse por el contrario detrás del Garigliano. Todavía podía disponer de cerca de cincuenta mil hombres bien equipados, de bastante buen aspecto, pero privados de sus oficiales franceses, que habían abandonado el servicio napolitano, los unos disgustados, los otros por obediencia al llamamiento de Luis XVIII. Murat tenía además treinta mil hombres de milicias, difíciles de emplear fuera de sus respectivas localidades, sobre todo en una guerra en la que las rivalidades de dinastías iban á ejercer una gran influencia. Se puso, pues, en campaña con cincuenta mil hombres, comprendiéndose en este número los que tenía ya en las Marcas.

Esta primera y sensible división de las fuerzas napolitanas no fué la única que hubo. Murat destacó además una columna, que atravesando los Estados romanos debía encaminarse á Toscana para expulsar de allí al

general austriaco Nugent. Esta columna, compuesta de siete á ocho mil napolitanos, llevaba orden de pasar á vista de Roma para dirigirse por Viterbo y Arezzo hacia Florencia, reuniéndose con el ejército principal de Bologna. La aparición de una fuerza armada tan cerca del Vaticano no podía agradar al papa, ni mucho menos tranquilizarle respecto de las intenciones de la corte de Nápoles. Murat le envió el general Campana para protestar de su adhesión á la Santa Sede y suplicarle que permaneciese en Roma; porque la pretensión de este nuevo rey de Italia era imitar á Napoleón en todo, y al formar un reino de Italia conservar en sus Estados, en paz, honrado, ricamente dotado y en apariencia independiente, al jefe de la Iglesia católica.

Pero el papa no se persuadía tan fácilmente, y después de haberse negado á ser el súbdito del moderno Carlomagno, se negaba con más motivo á serlo de un insignificante príncipe italiano, á quien su bravura sin genio no autorizaba para creerse fundador de un imperio. Insensible á las seguridades que le daba Murat, Pio VII abandonó su capital con la mayor parte de los cardenales, y fué seguido por todo cuanto de más considerable había en Roma, y especialmente del rey de España Carlos IV, de su esposa, del príncipe de la Paz, de la reina de Etruria, etc., etc., retirándose con todos á Génova. Las demás cortes de Italia siguieron su ejemplo: el gran duque de Toscana se fué á Liorna, donde contaba con el apoyo de los ingleses, y el rey de Cerdeña fué á reunirse con la corte pontifical en Génova, donde se hallaba á la sazón lord Bentinck.

Las tropas napolitanas, destinadas á la Toscana, pasaron junto á los muros de Roma sin entrar en la ciudad y tomaron el camino de Florencia por Arezzo. Murat con el cuerpo principal se dirigió por el de Ancona y Rimini.

Aunque avanzaba de este modo, su lenguaje no había cesado de ser de los más pacíficos para con los austriacos y los ingleses.

No quería, según manifestaba, al trasladarse á los bordes del Po, más que volver á colocarse como se había acordado en el armisticio de 1814, lo que era una insinuación de alianza más bien que una amenaza de hostilidad. Sin embargo, esta especie de comedia no podía durar mucho tiempo, y el infortunado Murat iba á verse obligado á explicarse claramente y á hacer por fin brillar ante los ojos de los pueblos de Italia la corona que ambicionaba colocar en sus sienas. Napoleón le había enviado mensajes sobre mensajes para calmarle, y últimamente le había despachado al general Belliard, excelente consejero tanto político como militar. Pero estos mensajes no habían podido llegar hasta Murat, y él, por su parte, no había podido guiarse más que por los rumores de la fama y algunas cartas de José, quien le envió desde Suiza noticias de la marcha triunfal de Napoleón, haciéndole vivas instancias para que se aliase á la causa de la Francia.

Al llegar á Ancona, supo Murat que Napoleón había dejado tras de sí á Lyon, y que el ejército francés se entregaba á él en todas partes donde se presentaba, no siendo ya dudoso el triunfo de su empresa. Estas noticias produjeron en su ánimo un efecto mágico. Se figuró á Napoleón restablecido en el trono, pronto á extender de nuevo su mano sobre la Italia, y á los austriacos